

«RÍO LOCO», por *Lautaro Silva*. Especial para «Atenea». Escribe  
Carlos Sánder

El año 1949 fué generoso para dar a nuestra literatura nuevos frutos; tanto en novela como en poesía, aparecieron brotes jóvenes que nos hicieron pensar que la literatura de nuestro país marchaba ascendentemente hacia su futuro y que, indudablemente, somos el pueblo que marcha a la cabeza de la cultura latinoamericana.

Creo que el año 1949 ha sido el que nos ha deparado mayores sorpresas; no sólo hemos tenido cantidad de obras publicadas, sino asimismo calidad y esto que pudiera ser extraño, no deja de tener su explicación que es preciso delinearla y vocearla a todos los confines.

Vivimos un momento difícil porque el mundo marcha azotado por hondas olas de materialismo y superficialidad. Después de terminada la guerra, muchos esperaban que el hombre aquietara sus ambiciones y que la serenidad rodeara sus actividades, pero nada de eso ha sucedido, y lo vemos hoy más preocupado que nunca de conseguir nuevas conquistas materiales y mirando ferozmente a sus hermanos. Tal vez por ello, la joven América, se ha mirado a sí misma para buscar su propio destino, y que nada puede darle Europa, pues del Continente Madre se desprende un hedor de mediocridades supremas capaz de eclipsar los fulgores de nuestras más altas estrellas.

Y América ha comprendido, que debe buscar en los caminos del espíritu y en los golfos de la inteligencia su propio futuro. El hombre nuestro está cansado de todo lo que habla de superficialidades y de ahí que la juventud chilena haya mostrado en el pasado año todo lo mejor que tiene en su tierra, haya enarbolado a los ojos de los demás pueblos, a sus escritores y poetas, a los que muestra como bandera para ejemplo de las generaciones venideras.

Los artistas, son los guardadores celosos de las mejores tradiciones de los pueblos, no de aquellas añejas y dogmáticas, sino de las que hablan de ideales puros y sueños incontaminados. Ellos representan en el Chile actual el único orgullo y por ello es confortante ver como trabajan en sus silenciosos talleres y como ofrecen sus frutos, tan mal pagados por cierto, de parte de quienes debían ser guardadores de la dignidad del artista desde sus puestos de gobernantes.

He escogido entre la cosecha literaria de 1949 el libro del joven escritor Lautaro Silva, y que él ha titulado «*Río Loco*». Lo he escogido de entre las muchas novelas publicadas por considerar que este libro era representativo para Chile, ya que está dedicado a nuestros campesinos y nos habla de sus luchas, sueños, pasiones y mezquindades.

No quiero referirme a las críticas obtenidas por este libro que han sido favorables y alentadoras para el escritor. Los críticos especializados ven la literatura de un ángulo muy distinto al que la ve el artista. Y también el artista debe opinar de sus hermanos en Arte, por lo menos de vez en cuando.

El libro viene presentado por nuestro gran escritor Luis Durand, gloria y honor de nuestra literatura, que ha dedicado fervientes años al servicio del Arte y cuya mano de varón puro es una de las que conducen nuestra cultura actual. El autor de «*Frontera*», su último libro, es uno de los iniciadores de la novela costumbrista, por él hemos conocido los chilenos muchos detalles buenos y emocionantes de Chile. El nos ha conducido hasta la entraña misma de nuestros campos y nos ha llevado desde la entraña del abierto erial hasta la amplia alma de nuestros campesinos. Por ello ha hecho bien de presentar a Lautaro Silva en su «*Río Loco*» y dedicarle algunas cariñosas páginas de prólogo, predestinándole un brillante porvenir y dándole un espaldarazo como quien bendice a un hijo que va a luchar en cruzadas heroicas.

Escuchemos al maestro que presenta al discípulo: «Lautaro

Silva, escribe con el pulso tembloroso, sintiendo que una rica sangre arterial le late en los puños cuando se lanza a decir lo que lo sacude con esa voz interior que arranca del alma». Y continúa: «Porque es bello crear. Es hermoso echar a andar a esos seres que llevamos adentro con sus dolores, con sus angustias o con sus alegrías que buscan la plenitud de la luz y del aire para vivir también».

Luis Durand tiene razón al decir las anteriores y proféticas palabras, es bello crear personajes que hablan de nosotros mismos, de nuestros problemas y de nuestros acariciados sueños. Lautaro Silva ha creado en su libro personajes que contienen y tienen en sí, todo lo que son nuestros campesinos y al pintar los paisajes de la tierra y el rumor de los ríos ha dibujado con pinceles fuertes a nuestra bella tierra. Escuchemos parte de la descripción que hace en el cuento que lleva el nombre del libro, del río Cachapoal y veamos como su riqueza de vocabulario nos hace contemplar vívidamente al río que baña extensas regiones y que sabe ser tumultuoso, sereno, penoso y riente: «En las enhiestas cumbres andinas de la zona central, nace el río, envuelto en pañales de nieve y reventones de espuma, al emanciparse del rígido ventisquero Olivares, en el paso de Molina, en plena frontera argentina. Largo trecho corre, con inocente aire de párvulo, prisionero de la barrera de montañas, bebedoras de cielo y borrachas de altura, que lo miran hoscas con sus pétreas faces de guardianes tutelares.

El Cachapoal, o río loco como lo llamaban los naturales por su característico prurito de hacer locuras, perjuicios y bellaquerías, a lo largo de la inquieta ruta, aprovecha el menor descuido de la montaña para cometer su primera diablura».

Son diez apretadas páginas de descripción del río la que nos entrega Lautaro Silva y tal en ellas, podamos sopesar ampliamente el valor de su estilo, que aunque recargado en algunas partes de metáforas muy personales, nos da una sensación de que nos encontramos ante un escritor maduro que heredará

algún día la corona costumbrista que lucen las sienes plateadas de Luis Durand.

El libro de Lautaro Silva contiene siete cuentos, uno de los cuales, el más extenso lleva el nombre del libro. Todos ellos nos hablan del campo y de los que laboran en él y su escena se desarrolla en la zona central de O'Higgins que al decir de un ensayista de nuestro folklore es la «más campesina de las provincias chilenas».

En el cuento «Toros», el autor nos narra vívidamente una pelea entre dos toros de cierto fundo, batalla terrible donde se realza el empuje y la heroicidad de estos animales que también representan algo de nuestra raza, por lo combativa y audaz. La pluma de Lautaro Silva describe en él a nuestros campos: «En el campo las sombras empezaban a estrangular al día. Los animales, llena la panza, se guarecían bajo los árboles o en las frondosas hondonadas del potrero dispuestos a dormitar y rumiarse resignadamente el tiempo y el pienso... En el cielo, los rebños de estrellas asomaban calmadamente, como ganado tímido a talaje en potrero desconocido. «Las Tres Marías», ovejas madrinas, guiaban al piño que se despeñaba tras las cejas de las altas montañas. El campo se acomodaba para dormir».

La descripción de Lautaro Silva nos conduce poco a poco a la eternidad de nuestros campos, nos lleva el alma hacia la quietud de las noches campesinas bajo las cuales todos hemos vagado melancólicamente en los nocturnos estivales, él nos muestra el paisaje de las praderas tapizadas de animales y de sombras y todo este conjunto nos habla de Chile, del Chile campesino y fornido que tiene en sus caminos yuyos de oro, trillas pintorescas y jugosos racimos de oro, precursores del vino generoso y de la chicha «baya».

Pero el cuento donde encontramos algo que habla del espíritu de nuestros huasos y de su generosidad tradicional es el que ha titulado el autor «La Venganza de Baucha Gutiérrez». Es la historia de siempre, pero narrada en forma novedosa y

emocionante. El «Patrón», el eterno señor de latifundio, ha ambicionado la hermosa yegua «Quilamutana», de que es poseedor el inquilino Baucha Gutiérrez. El campesino se ha negado a venderla, por ser para él una compañera inseparable, la que le ayuda a traer provisiones del pueblo y a labrar sus escasos metros de «tierrita». Pero el patrón se ha puesto firme en su ambición y ha hecho notificar a Baucha Gutiérrez de que si se niega tendrá que irse del fundo. La mujer de Baucha, ha sufrido mucho a causa de este dilema y una noche de invierno nace el hijo que llevaba en sus entrañas y la comadrona lo extrae muerto de su vientre sufrido. Las muchas emociones del altercado que el patrón sostiene con su marido son las causantes.

Ante esto, Baucha Gutiérrez enfurece y exclama: «¡El me lo mató! ¡Me lo mató con su avaricia! ¡intranquilizando a l'Hermينيا... ¡Amenazándonos, porque no le vendía la potranca! ¡El futre me mató a mi hijo igual que l'hubiera hecho con sus propias manos! ¡Pero ahora las pagará! ¡Lo mataré... lo mataré!

Cegado por la ira, Baucha Gutiérrez sale del rancho dispuesto a cumplir su amenaza y a matar al patrón, que según él, ha dado muerte a su hijo.

Pero en la noche inclemente del invierno campesino, el estero viene de crecida y le cuesta vadearlo para llegar a las casas del fundo. Ya está por desistir de su empeño, cuando divisa un bulto que se debate contra la corriente; es el patrón que al querer cruzar el estero ha sido arrollado por la corriente y lucha desesperadamente por salvar su vida. Escuchemos a Lautaro Silva como narra la escena cumbre del cuento:

«Con imperturbale arrojo, Baucha logró sujetar firmemente al desfalleciente jinete, y tras arduos esfuerzos y batallar contra las aguas, consiguió salir de aquel torbellino y llegar con su pesada carga a tierra firme. Allí depositó con todo cuidado, en la grama húmeda del suelo, el cuerpo desfallecido de don Vitalicio y se entregó a la frenética tarea de reanimarlo a tiempo que murmuraba con la angustia de niño asustado:

—¡Patrón!... ¡Patroncito! ¿Se ha hecho daño?

Y, cuando aún las grises cortinas de agua no teminaban de descorrerse de sus ojos, don Vitalicio sintió lejana y débil la tímida tribulación de Baucha: —¡Patrón, me alegro de haberlo ayudado! A veces también los pobres servimos p'alguna cosa...».

Lautaro Silva nos ha llevado en este relato hasta el corazón mismo de nuestros campesinos, generosos, sufridos, leales. En ellos se yergue lo mejor de nuestra raza, la caricia de los soles y la brillantez de las albas han iluminado sus corazones y así como saben ser altivos ante la injusticia, la traición o la calumnia, saben ser generosos y exponer la vida como en el caso de «Baucha Gutiérrez», para salvar la vida del «Patrón», aunque éste no siempre comprenda sus atribulados espíritus y alivie la miseria en que muchos de ellos viven.

El libro de Lautaro Silva tiene un valor indiscutible por ello, porque nos adentra en los problemas de los obreros de la tierra, de los que labran los campos de Chile y son los pedestales en los cuales descansa nuestra producción agrícola y ganadera. Ellos son los soldados desconocidos, nacen y mueren ignorados, ven las alboradas desde sus humildes ranchos y viven su vejez contemplando los crepúsculos, tal vez con una melancolía dolorosa, meditando que tanto esfuerzo desplegado es mal remunerado y peor agradecido, ellos deben pensar con el proverbio bretón que «entre la vejez y la infancia no hay sino la vida... y es tan poco. Los escritores costumbristas como Luis Durand, Eduardo Barrios, Mariano Latorre y Lautaro Silva, son los nigromantes que nos muestran la tragedia y las alegrías de nuestros campesinos, ellos señalan al mundo civilizado esa República que es el Campo, donde los que viven y laboran cumplen una misión heroica que es preciso destacar y grabar sus hechos con letras indelebles e inamovibles, para que se sepa de parte de quien está el verdadero esfuerzo, por formar una nación más fuerte y progresista en lo económico.

Sin embargo, Lautaro Silva deberá disciplinarse más, afinar

su estilo y seguir adentrándose en los problemas campesinos para que sus estampas tengan más vigor. Hay un cargo que formulo contra este escritor y que si lo escucha creo que depuraría más su estilo y sus pinceladas resultarían más humanas.

En muchos párrafos de su libro se nota una influencia marcada de lo erótico y abusa un tanto de términos sensuales que muchas veces resultan un tanto recargados. Creo que el escritor no debe esquivar el realismo y muy por el contrario enfrentarse a él con toda valentía posible, pero insistir demasiado en la literatura sensual, es falsear la verdadera literatura y los públicos de selección no gustan de ello. Es cierto que los libros de esa índole, es decir, los que van recargados de literatura sensual tienen aceptación grande en el grueso del público, pero el escritor no debe buscar el aplauso del conglomerado sino el de su propia conciencia y el de su alma. Es necesario que Lautaro Silva profundice más el aspecto espiritual de la vida, cree una filosofía propia y sea discreto para emplear las metáforas de todo orden que en algunos párrafos resultan un poco recargadas y demasiado intelectualizadas.

Es cierto que la literatura costumbrista ha de apartarse en mucho de la pureza de nuestro lenguaje, ya que tiene uno propio, un «argot» que existe y que indudablemente es orgullo de nuestra raza, pero ese mismo «argot» chileno deberá ser empleado con discreción y hacer de él un arte, que será aplaudido por quienes lo examinen y gusten.

Pero, estas objeciones están dentro de lo natural, Lautaro Silva ha rendido en este primer libro suyo, más de lo que se podía esperar en un escritor novel, ha dado un fruto generoso que los públicos han saboreado con fruición y aprobación. Esperamos mucho de sus obras futuras que seguramente tendrán la madurez y la afinación artística que no se puede exigir en un primer libro, máxime cuando se debe considerar que el autor recién pasa la treintena y por lo tanto le falta experiencia de vida, lo que significa más dolor, más lucha y más emociones diversas, cualidades

imprescindibles para que el alma pueda vaciar todo lo que tiene.

Con Lautaro Silva, la provincia de O'Higgins nos entrega otro varón, amoroso de los caminos del espíritu y obrero que labora paciente y modestamente una obra de indudable valor para nuestro folklore. Al recordar esa provincia de trigos y de arados, no puedo dejar de sentir la voz ausente pero siempre presente de nuestra lírica, la del poeta Oscar Castro, hijo de Rancagua como Lautaro Silva y que, desaparecido prematuramente, dejó una honda huella en la poesía chilena de los últimos diez años. Oscar Castro, era un jornalero del Arte que dió sus mejores años al servicio de la literatura y el magisterio y que se distinguió por la pureza de formas que sabía poner en su verso; fué el sucesor de Pezoa Véliz en sus cantos a la tierra y su cítara enmudecida demasiado pronto, enlutó no sólo al arte americano sino también a nuestros campos, que veían en él a su profeta y amigo. Lautaro Silva, debe apoyarse en muchos momentos en la sombra de Oscar Castro que tanto trabajó por purificar la forma del verso y que lo consiguió a temprana edad. Debe como él, ser un jornalero del Arte y sacrificar en los altares de la belleza inmortal todos los himnos que nazcan de su corazón de varón y novelista.



«EL EXTRANJERO», Novela de *Alberto Camus*

Al doblar la última página de este libro de Alberto Camus, nos queda una sensación de desencanto, de tristeza y desolación. Uno no puede comprender el espíritu del escritor que traza la trayectoria de una vida sin que el personaje tenga ninguna reacción sentimental.

Camus es un hombre completamente deshumanizado en este libro. Huye de todo impulso emocional y los hechos a veces dramáticos que cuenta, los hace derivar siempre hacia un resultado frío, absurdo, desconcertante. El dolor de la muerte, la